

Narraciones Acerca de Sandino

Creímos en el primer momento que el enemigo se convertía en liberal, por unas banderas rojas tremoladas.

Pero no. Eran Parajón y Sandino que llegaban con más o menos seiscientos hombres. Entraron al campamento. Fraternalizamos. Nuevos arreglos y la marcha para el día siguiente.

Proveímos de rifles, ametralladoras y municiones a los recién llegados.

Se ordenó luego que Sandino, tenido por valiente y arrojado llevara su caballería a la vanguardia y fuera el primero en salir, por la tarde, para pasar en una vereda de Boaco, sin ser visto. Cuando ordenaba Sandino su caballería, el autor vio una bandera roja, con una cinta negra en el centro y en esta una cruz y una calavera entrelazadas. El guerrillero fue llamado y se le ordenó que destruyera esa bandera. Balbuceando dijo que era su insignia, la bandera roja y negra, en la cual creía como símbolo de las ideas que profesaba.

Una lágrima corrió por su mejilla. Pero la orden fue cumplida.

Por la noche en la marcha, estuvimos a punto de romper fuego contra una caballería que avanzaba hacia nosotros. Fue requerida y reconocida. Sandino se volvía, porque al pasar frente a Boaco había visto luces. No le gustaba la luz ni los campos claros y llanos. Él prefería la emboscada. Se le ordenó que marchara a retaguardia, y lo hizo.

El ídolo de Sandino se derrumbó en México

Ciudad México 11.—Desde la renuncia de Froylán Turcios, como representante del rebelde nicaragüense Sandino, todo cuando dice el último se toma como una quijotada en esta capital. Turcios íntimamente ha declarado en sus últimas cartas, que lo que se creía patriotismo en Sandino, ha degenerado en farsa, ya que el rebelde rehúsa los esfuerzos que el gobierno de Moncada hace para levantar la triste situación en que desde hace largos dos años se ha sometido la región invadida por él. El triunfo del liberalismo hondureño ha venido si se quiere, virtualmente a terminar con las pretensiones funestas de Sandino, ya que ahora no tendrá fronteras donde refugiarse para escapar a los derechos de orden de que se ha investido a Moncada por la voluntad del pueblo consciente de Nicaragua.

From "El Comercio"--of Managua--February 13, 1929.

RECEIVED 6-2 W. O. MAR 25 1929

SANDINO THE IDOL HAS TOPPLED IN MEXICO.

Mexico City--11th.--Since the resignation of Froylan Turcios as representative of the Nicaraguan rebel Sandino everything the latter says is taken as an absurdity in this capital. Turcios, in private letters has stated confidentially that what was supposed to be patriotism in Sandino has degenerated into farce, since the rebel has rejected all efforts of the Government of Moncada to lighten the sad conditions to which for two long years the region invaded by him has been subjected. The triumph of liberalism in Honduras has really put an end to the pretensions of Sandino since he no longer will have a frontier refuge wherein to escape from the arm of the law, placed in the hands of Moncada by the thinking people of Nicaragua.

Turcios Dice que Sandino es un Verdadero Farsante

CIUDAD MEXICO, 11.—Desde la renuncia de Froylán Turcios como representante del rebelde nicaragüense Sandino, todo cuanto dice el último se toma como una quijotada en esta capital.

Turcios últimamente ha declarado en sus cartas, que lo que se creía patriotismo en Sandino ha degenerado en farsa, ya que el rebelde rehúsa los apoyos que el Gobierno de Moncada hace para levantar la triste situación a que desde hace largos dos años se ha sometido la región invadida por él. El Liberalismo hondureño ha venido, si se quiere, virtualmente a terminar con las pretensiones funestas de Sandino, ya que ahora no tendrá fronteras donde refugiarse para escapar a los derechos de orden de que se ha investido a Moncada, por la voluntad consciente del pueblo Nicaragua.

RA 165/77/2653

DECLASSIFIED

Authority NND 75 022

By R. S. NARA Date 1-4-11

El Cacao de los Chavarría, mayo 9 de 1927

Señor General José María Moncada,

Boaco.

Estimado General:

Tengo el gusto de participar a Ud. que habiendo llegado a este lugar, me he encontrado con la dificultad de no juntarme con toda mi gente, pues sólo he hallado a unos pocos jefes porque los demás se han ido para Jinotega, lugar de donde son. Así es que yo he pensado que mi permanencia en este lugar de nada me serviría, puesto que toda mi gente se me ha desbandado.

He resuelto irme para Jinotega para llamar de nuevo a mi gente, para recoger todas las armas; en ese caso allá permaneceré, donde quedaré esperando sus órdenes.

Asimismo yo delego mis derechos para que Ud. arregle el asunto como mejor le convenga, y me participe los resultados a Jinotega, lugar donde yo ocuparé con mi columna.

El desbande de mi gente obedece a que no encontramos qué comer, y por eso se me ha ido, pero yo aseguro que una vez llegando yo, todos tienen que llegar donde mí y entonces todas las armas las recogeré.

De Ud. afectísimo correligionario y amigo.

Carta de Augusto C. Sandino pidiendo un gobernador de EE.UU. para Nicaragua

A.C. Sandino Yalí 24 de mayo, 1927 Jefe del Destacamento de Marineros en Jinotega, Nicaragua Considerando que las bases propuestas y aceptadas por el General José María Moncada no garantizan la paz y la tranquilidad del país bajo la presidencia de Don Adolfo Díaz, contando, como en realidad cuenta, con una mayoría elegida por él mismo en el Congreso, Senado y Corte Suprema, y que con el tiempo daría ocasión para nuevos vejámenes para el Partido Liberal y nueva guerra civil; teniendo en cuenta el anhelo de paz que a todos nos anima, para que ésta sea eficaz y duradera, proponemos como condición indispensable la abstención de los dos partidos de toda injerencia en los asuntos de la República, mientras no hayan elecciones libres. Por lo tanto, si Estados Unidos con buena fe ha intervenido en el país, proponemos como condición *sine qua non* para deponer nuestras armas, que asuma el poder un gobernador militar de los Estados Unidos, mientras se realicen las elecciones presidenciales, supervisadas por ellos mismos. Al ser aceptada esta proposición, nos permitimos manifestar que ni yo ni mis soldados aceptamos dinero alguno por la entrega de nuestras armas...

De Ud. Afmo. S. S. Augusto C. Sandino Jefe de los Montañeses.

Reunión de Jefes, por José María Moncada

Nosotros somos tres mil hombres, dije, con escasas municiones y ametralladoras. Ellos son por ahora cinco mil, armados a la manera moderna. No dudo del éxito en el primer momento. Sé que sois denodados, pero yo no tengo valor para llevaros al sacrificio, porque detrás de cinco mil marinos vendrán millares más, como en 1912. A la victoria segura os llevarla, como siempre lo hice, pero a la muerte segura, por ninguna manera. Más, como Jefe, estoy en la obligación de consultar

a las tropas. A esto he venido. Si queréis pelear, no os abandonaré, iré con vosotros al sacrificio.

El Ejército entristecido me vitoreó, contestando que rendiría las armas.

En la reunión **de** Jefes, Sandino aparentó consentir en el desarme; pero al reunirse con los suyos dirigióme una carta en la cual me autorizaba para el arreglo, diciendo que volvería con sus tropas a Jinotega y que allá se desarmaría.

Bien comprendí la estratagema, pero no podía evitarla. Más todavía, en la conferencia con los jefes, comprendí su falsía y cruzó por mi mente **la** idea de ponerlo en prisión; pero un sentimiento de humanidad y de honor me detuvo. Bien o mal, él había compartido con todos la fatiga de la guerra. Yo también creía que los representantes de Coolidge hacían mal en desarmarnos; que ellos bien hubieran podido guardar Managua y las otras ciudades, para defender los intereses extranjeros y entregarlas después al vencedor. De modo que entre Sandino y yo había la diferencia de sus instintos y de su desconocimiento del poder de Estados Unidos, de sus exaltaciones y fanatismo, mientras que en mí debía obrar la voluntad, la conciencia de mi responsabilidad. Que obré como patriota, lo demostraré en el decurso de esta verídica historia.

Los jefes del Ejército dieron su aprobación en el acta siguiente:

En la ciudad de Bosco, a las 10 de la mañana del día nueve de Mayo de mil novecientos veinte y siete: reunidos los suscritos Jefes y Oficiales del Ejército Constitucionalista para deliberar sobre la aceptación o no de las bases que en oficio de cuatro de los corrientes entregó personalmente el señor General Henry L. Stimson, representante personal del Presidente de los Estados Unidos, Mr. Calvin Coolidge, al señor General don José María Moncada, Delegado del Ejecutivo Constitucionalista, a cargo del Dr. Juan Bautista Sacasa. Con tal fin, por unanimidad resolvemos: Primero—Dar amplias e irrestrictas facultades al señor General José María Moncada para que dentro de los términos de los dos proyectos presentados al Consejo de Jefes y Oficiales, arregle con el representante personal del Presidente Coolidge o el señor Almirante Latimer, o el señor Ministro Americano los términos definitivos del desarme general. Segundo—Los arreglos que celebre el señor General Moncada serán ad—referéndum con relación a la aprobación de las autoridades de nuestro partido y del pueblo liberal, en forma de plebiscito o de reuniones políticas. Léida esta acta, la firmamos.

—Luis B. Sandoval. —J. F. Baltodano. —F. Parajón. —C, López Irías. —S. Cerda G. —Carlos Pasos. Alejandro Plata.—José Ramón Téllez.—Augusto. J, Caldera. —H. Castellón. —Heberto Correa. —Salvador Sobalbarro. - Daniel Mena. —Juan Escamilla.-- C. Castro Wassmer.

Las autoridades del Partido prestaron también su aprobación a los arreglos de paz atrás referidos y numerosos plebiscitos de toda la República.

Los soldados llorando rompían los rifles. Ciento sesenta hombres dejaron sus armas en el cuartel de Boaco, sin esperar el pago de los diez pesos ofrecidos. Se oían entre los Jefes voces de rebeldía. El Dr. Carlos A. Morales, Magistrado de la Corte suprema, había encontrado en las puertas de Boaco al General Luis Beltrán Sandoval, el segundo en el mando del Ejército, en camino para Granada con ametralladoras y soldados. Le convenció de que volviera a los cuarteles.

Narración por Alejandro Bolaños Geyer

Al firmarse la paz en Tipitapa, Nicaragua ofrece la más favorable situación posible para la conducción de una guerra de guerrillas. El país está lleno de desorganizados grupos armados que encuentran más fácil merodear que trabajar, ya que la posesión de armas y el relajamiento de la autoridad les dan abundantes oportunidades de hacerlo. En esos grupos hay muchos revolucionarios profesionales centroamericanos, soldados experimentados y conocedores del sistema de guerrillas, que van de país a país, dondequiera que haya desorden, y sin preocuparse por los principios, se unen al bando que les ofrece mayores oportunidades de ganancias o de pillaje.

Con la paz, en mayo de 1927, las fuerzas bajo el control de los jefes de ambos bandos deponen las armas. La política norteamericana se opone a que los *marines* emprendan operaciones agresivas en contra de los merodeadores. La Guardia Nacional no se ha formado. Es decir, no existen fuerzas de ley y de orden capaces de enfrentarse a la situación. Sandino, quien con sus seguidores rehúsa deponer las armas, suple la jefatura y el núcleo alrededor de los cuales aquellos grupos se amalgaman para llevar a cabo una revuelta en contra de las autoridades constituidas del gobierno. Entre los jefes que se juntan a Sandino están Pedro Altamirano, reconocido cuatrero, forajido y contrabandista; Juan Gregorio Colindres, Carlos Salgado y Miguel Ángel Ortez, nicaragüenses todos, el último de los cuales llegará a ser uno de los más agresivos y enérgicos de los jefes rebeldes; Alejandro Plata, mejicano; Manuel María Girón Ruano, guatemalteco; Montoya, Juan Pablo

Umanzor y José León Díaz, hondureños, así como muchos otros del tipo revolucionario profesional.

Entre sus seguidores está Pedrón Altamirano, un asesino y contrabandista, fugitivo de las autoridades de Jinotega por varios juicios, entre los que se encuentra el haber dejado muerto al dueño de una pequeña finca, prensado con su cutacha en una troja de maíz.* Con este mismo Pedrón Altamirano es con quien Sandino principia su campaña que básicamente consiste en:

1. Impedir las elecciones, pues por su machismo no cree más que en la fuerza de las balas, y capturar el poder para sí solo.
2. Matar yanques; acción que entusiasma a nuestros indios campesinos por las prédicas en que se califica a los gringos como sanguinarios, lo mismo que por el botín personal, pues todo lo que anda un yanque, —armas, colcha, dinero y demás vestuario—, pasa al héroe que lo mate, no importa en qué forma ni lugar.

Cuatro prominentes liberales que son comisionados para organizar las mesas electorales de un caserío llamado San Marcos en el Valle de Namangí —entre San Rafael del Norte y Jinotega—, son cruelmente asesinados con machete por Pedrón Altamirano.

Los ciudadanos Cayetano Castellón y Carlos Gutiérrez, por Jinotega, y Dres. Julio Prado y Juan Carlos Mendieta por Managua, son enviados para explicar a los pobladores que ya no hay más guerra y que todo se va a solucionar por medio de elecciones libres. La muerte de estos connotados ciudadanos, profesionales y empresarios, causa una conmoción nacional por la forma en que son asesinados y porque no tienen más culpa que la de creer en las votaciones como un medio para establecer un gobierno democrático. Pero esa conmoción general de espanto, de terror y de miedo, sirve a Sandino para que todos los nicaragüenses sepan a qué atenerse, si no están de acuerdo con sus ideas y propósitos; y a Pedrón Altamirano lo asciende a general por la ferocidad de su hazaña, aunque no sabe leer ni escribir, pero lo necesita para la formación de su ejército de guerrilleros y criminales sin escrúpulos, lo cual consigue a la perfección.

Narración de Carlos A. Bravo. El Maestro Elocuente del Instituto Nacional de Oriente.

Estaban en su mayor fuerza los Sandinistas, destruyéndolo todo. Un espía muy valiente asaltó y mató a un hombre que llevaba una carta del Dr. Escolástico Lara, un médico ilustre, un hombre sobresaliente, valiente y bueno. ¡Los americanos crearon, armaron y mantuvieron a Sandino! ¡Yo sé por -qué lo

digo! Fue una mañana el Dr. Lara con un compañero Ilustre donde el Presidente. Yo no sé qué le pasaba al Dr. Lara que llegó a sincerarse con el Presidente.

Lo de siempre: él, ni conocía a Sandino; y habló y habló. Moncada sabía oír, que es tan difícil. Me acuerdo que jugaba con un lápiz rojo entre las manos.

— ¡Y Ud. Doctor?— preguntó al otro, que era hombre íntegro, sabio y muy simpático. El Dr. Lara continuó diciendo que Sandino era un criminal que deseaba la desgracia de Nicaragua. El Presidente me hizo llamar y me dijo: "Este es el Dr. Lara". Entendí lo que quería: fui a mi oficina y volví con la carta del Dr. Lara para Sandino. Se la alargó, la leyó de mentiras, porque no estaba para leer. Cuando se la iba a echar al bolsillo, Moncada le dijo:

—No Doctor, esta carta es del archivo. Ya envió copia al Ministro Americano. El Ministro Americano era Mr. Mathew Hanna que hablaba muy bien español. De repente fingía no saberlo.

El Gral. Monada me tenía ordenado que cuando Hanna llegara en visita estuviera en el despacho con cualquier pretexto; que oyera la conversación y enseguida la escribiera. ¡Lo que oí! Formé un libro, lo empastaren y se lo entregué. Una mañana fue larga y ruda la conversación. El Presidente tenía pruebas de que los americanos mantenían, pertrechaban y proporcionaban todo a Sandino. Sandino era hechura de la brutal intervención que estaba acabando con Nicaragua. Moncada estuvo magnífico de ira, de horror, de una verdad que mantenía atontado a Hanna. Citaba días, horas, fechas, lugares de la complicidad yanqui, papeles.

Rojo por la verdad que salía a borbotones por la boca.

Hasta me parecía que hubiera querido agarrar por el cuello al yanqui entrometido, pero en lo personal eran muy finos amigos. Después le leí el suceso que había visto y oído. Se le ocurrió algo de pronto. —Publique eso como una declaración oficial en forma de batiburrillo. La escribí y la mandé al periódico.

Fue un escándalo Hombres de confianza llegaron muy de mañana hirviendo. El Dr. Federico Sacasa: "¡Cómo se le escapó eso. Es comprometedor!" Toño Flores: "¡Yo te hacía más vivo. Qué bárbaro!" y otros, y otros. Ponderaban al Presidente la forma burlona, ligera, chancera y a veces grosera con que me refería a la intervención americana.

El Presidente era hombre de una estudiada serenidad.

Oía a cada uno. Me llamó y me dijo: "Tráigame el periódico". Lo llevó. — Léame la declaración oficial que hizo. La leí calmoso, despacho. Yo sé leer. Y cada vez que relampagueaba un párrafo decían loe oyentes: "Qué bárbaro, qué grave eso! El Departamento de Estado va a reclamar! Van a pedir la destitución de este! A Ud., al Presidente, le van a exigir una rectificación!".

Cuando terminé, el Presidente como queriendo sonreír me dijo: "Ese es su género, interpretó no lo que yo dije sino lo que quería, lo que pienso, lo que debe pensar todo nicaragüense patriota y honrado!". Después, cuando se fueron me dijo uno por uno.

El Dr. Carlos Morales: " ¡qué vivo, me hubieras hecho una seña!".

Dr. Taño Flores: "Lo sospeché. No tenés pelo de tonto!".

Dr. Federico Sacasa: "Viveza granadina!", golpeándome con cariño la espalda.